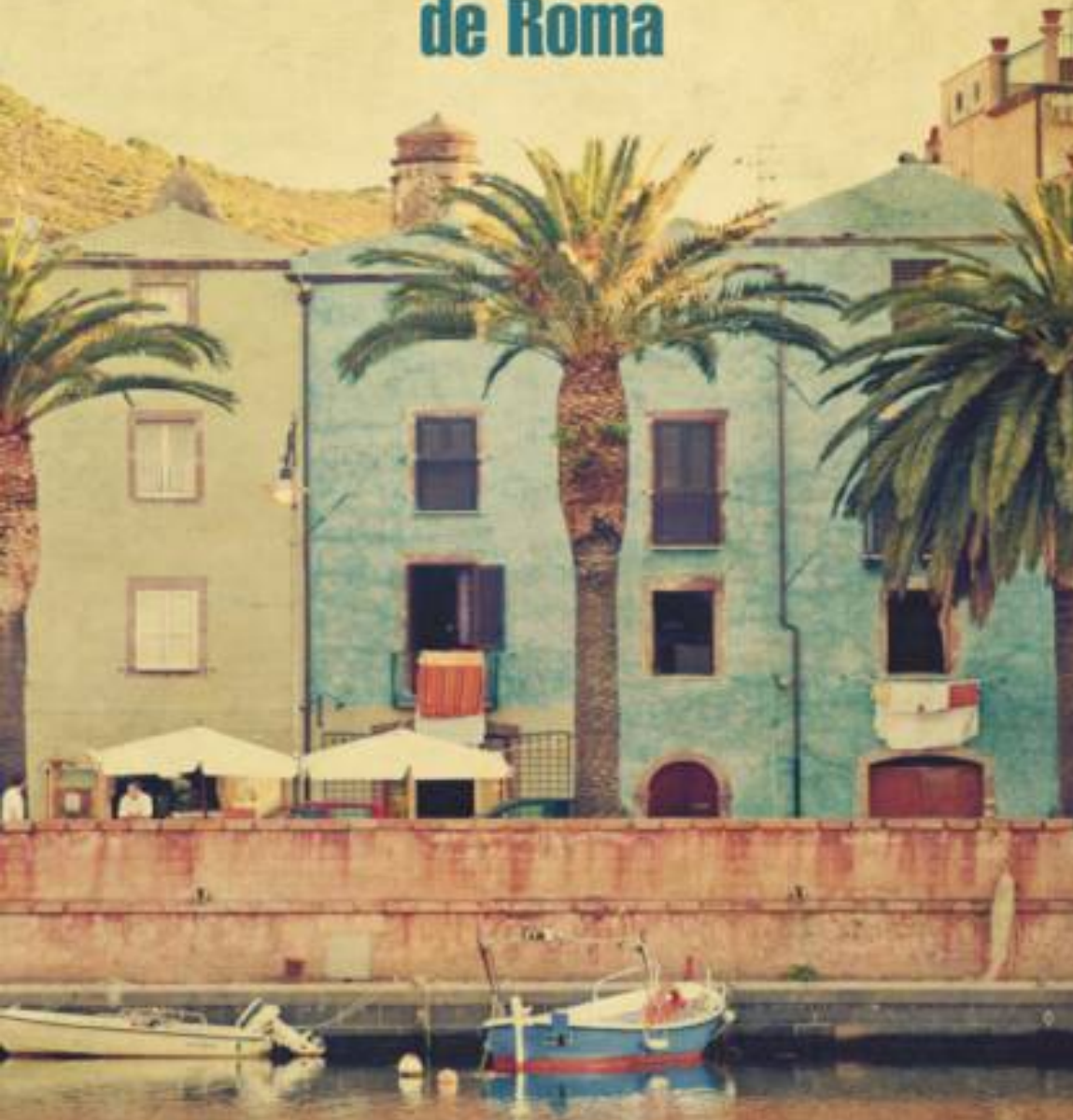
JÉRÔME FERRARI

El sermón sobre la caída de Roma



LITERATURA MONDADORI

El sermón sobre la caída de Roma

JÉRÔME FERRARI

Traducción de
Joan Riambau

www.megustaleerebooks.com

A mi tío abuelo, Antoine Vesperini

¿Te admiras de que perece el mundo? Admírate de la vejez del mundo. Es como un hombre: nace, crece y muere. […] Envejece el hombre y se llena de achaques; envejece el mundo y se llena de calamidades. […] Cristo te dice: «El mundo perece, el mundo envejece, el mundo decae y se agota con la fatiga de la senectud. No temas; tu juventud se renovará como la del águila».

San Agustín,
sermón LXXXI, 8, diciembre de 410

«ES POSIBLE QUE NO PEREZCA ROMA
SI NO PERECEN LOS ROMANOS»

Como testimonio de los orígenes, como testimonio del fin, estaría esa foto tomada en el verano de 1918 que Marcel Antonetti se obstinó en contemplar en vano a lo largo de toda su vida para descifrar el enigma de la ausencia. En ella se ve a sus cinco hermanos y hermanas posando con su madre. Alrededor de ellos, todo es de un blanco lechoso, no se distinguen el suelo ni las paredes y parecen flotar cual espectros en una extraña niebla que pronto los engullirá y los borrará. Ella está sentada vestida de luto, inmóvil y de una edad indefinida, lleva un pañuelo oscuro en la cabeza, tiene las manos abiertas apoyadas sobre las rodillas y mira con tal intensidad un punto situado mucho más allá del objetivo que parece indiferente a cuanto la rodea: el fotógrafo y sus instrumentos, la luz del verano y sus propias criaturas, su hijo Jean-Baptiste, tocado con una boina con pompón, que se acurruca temeroso contra ella, embutido en un traje de marinerito demasiado ajustado, sus tres hijas mayores, alineadas detrás de ella, muy tiesas y endomingadas, con los brazos firmes pegados al cuerpo y, sola en primer plano, la más pequeña, Jeanne-Marie, descalza y harapienta, ocultando su carita pálida y enfurruñada tras los largos mechones desordenados de sus cabellos negros. Y cada vez que se cruza con la mirada de su madre, Marcel tiene la irreprimible certidumbre de que está dirigida a él y que ella ya buscaba, incluso en el limbo, los ojos del hijo que aún debía nacer y al que aún no conocía. Pues en esa foto, tomada en un día canicular del verano de

1918, en el patio de la escuela donde un fotógrafo ambulante había desplegado una sábana blanca entre dos caballetes, Marcel contempla ante todo el espectáculo de su propia ausencia. Todos aquellos que pronto lo rodearán con sus cuidados, tal vez con su amor, se hallan allí, pero en verdad ninguno de ellos piensa en él y nadie lo echa en falta. Han sacado de un armario trufado de naftalina la ropa de gala que nunca se ponen y han tenido que consolar a Jeanne-Marie, que solo cuenta cuatro años y aún no tiene ni vestido nuevo ni zapatos, y luego han subido juntos hacia la escuela, sin duda felices de que finalmente suceda algo que los arranque un instante de la monotonía y la soledad de los años de guerra. El patio de la escuela está lleno de gente. A lo largo del día, bajo la canícula del verano de 1918, el fotógrafo ha retratado a mujeres y niños, inválidos, viejos y curas que desfilan ante su objetivo en busca ellos también de un respiro, y la madre de Marcel, y su hermano y sus hermanas, han aguardado su turno pacientemente secando de vez en cuando las lágrimas de Jeanne-Marie avergonzada de su vestido agujereado y sus pies descalzos. En el momento de tomar la foto se ha negado a posar con los demás y ha habido que tolerar que se quede de pie sola en primera fila, cubierta por sus cabellos despeinados. Están reunidos y Marcel no se halla allí. Y, sin embargo, gracias al sortilegio de una incomprensible simetría, ahora que los ha enterrado a uno tras otro, ya solo existen gracias a él y a la obstinación de su mirada fiel, él, en quien ni siquiera pensaban mientras contenían la respiración en el momento en que el fotógrafo pulsaba el obturador de su máquina, él que es ahora su única y frágil muralla contra la nada, y es por ello que aún saca esa foto del cajón donde la guarda cuidadosamente, aunque la

deteste como, en el fondo, siempre la ha detestado, porque si un día dejara de hacerlo no quedaría nada de ellos, la foto se convertiría en una disposición inerte de manchas negras y grises y Jeanne-Marie dejaría de ser para siempre una niña de cuatro años. A veces los mira de arriba abajo con cólera, desea reprocharles su falta de clarividencia, su ingratitud, su indiferencia, pero se cruza con la mirada de su madre y se imagina que lo ve, hasta en el limbo donde se hallan cautivos los niños por nacer, y que lo espera, a pesar de que, dicha sea la verdad, Marcel no es y nunca ha sido aquel al que ella busca desesperadamente con la mirada. Pues busca, más allá del objetivo, a aquel que debería hallarse de pie a su lado y cuya ausencia es tan cegadora que podría creerse que esa foto únicamente fue tomada en el verano de 1918 para hacerla tangible y conservar la huella de la misma. El padre de Marcel fue hecho prisionero en las Ardenas durante los primeros combates y desde el inicio de la guerra trabaja en una mina de sal en la Baja Silesia. Cada dos meses envía una carta que hace escribir a uno de sus camaradas y que los niños leen antes de traducírsela en voz alta a su madre. Las cartas tardan tanto en llegar que siempre temen oír solo el eco de la voz de un muerto repetido por una caligrafía desconocida. Sin embargo, no ha muerto y vuelve al pueblo en febrero de 1919 para que Marcel pueda ver la luz. Se le han quemado las cejas, las uñas de sus manos están roídas por el ácido y en sus labios agrietados se ven los restos blancos de las pieles muertas de las que nunca podrá desprenderse. Sin duda ha mirado a sus hijos sin reconocerlos, pero su esposa no ha cambiado puesto que nunca ha sido joven ni fresca, y la ha abrazado aunque Marcel jamás haya comprendido qué pudo empujar uno hacia el otro a esos dos cuerpos secos y

rotos, no podía tratarse del deseo, ni siquiera de un instinto animal, tal vez fuera únicamente porque Marcel necesitaba su abrazo para abandonar el limbo desde el fondo del cual acechaba desde hacía mucho tiempo, esperando su nacimiento, y en respuesta a su llamada silenciosa reptaron aquella noche uno sobre el otro en la oscuridad del dormitorio, sin hacer ruido para no despertar a Jean-Baptiste y Jeanne-Marie, que fingían dormir, tumbados en su colchón en un rincón de la habitación, con sus corazones latiendo aceleradamente ante el misterio de los crujidos y de los suspiros roncos que alcanzaban a comprender sin poder darles un nombre, presas del vértigo ante la magnitud del misterio que mezclaba tan cerca de ellos la violencia y la intimidad, mientras sus padres se extenuaban furiosamente restregando sus cuerpos uno contra el otro, retorciendo y explorando la aridez de sus carnes para reanimar las antiguas fuentes desaguadas por la tristeza, el luto y la sal y extraer, del fondo de sus vientres, los humores y flemas que aún quedaran, ni que fuera un resto de humedad, un poco del fluido que sirve de receptáculo a la vida, una sola gota, y tan denodados fueron sus esfuerzos que esa única gota acabó brotando y condensándose en ellos, e hizo posible la vida cuando ellos mismos apenas seguían vivos. Marcel siempre ha imaginado, siempre ha temido no haber sido deseado sino únicamente haber sido impuesto por una impenetrable necesidad cósmica que le habría permitido crecer en el vientre seco y hostil de su madre mientras se alzaba un viento fétido y arrastraba desde el mar y los llanos insalubres los miasmas de una gripe mortal que barría los pueblos y arrojaba por docenas en las fosas apresuradamente excavadas a quienes habían sobrevivido a la guerra, sin que nada pudiera detenerla, al igual que la

mosca venenosa de las antiguas leyendas, esa mosca nacida de la putrefacción de un cráneo maléfico y que una mañana surgió de la nada de sus órbitas vacías para exhalar su aliento ponzoñoso y alimentarse de la vida de los hombres hasta volverse tan monstruosamente grande que su sombra sumía en la oscuridad valles enteros y solo la lanza del Arcángel pudo por fin abatirla. El Arcángel había regresado hacía ya mucho a su morada celeste y se hacía el sordo a las plegarias y procesiones, había dado la espalda a los que morían, empezando por los más débiles, niños, ancianos y mujeres embarazadas, pero la madre de Marcel permanecía en pie, inquebrantable y triste, y el viento que sin cesar soplaba alrededor de ella no se abatía sobre su hogar. Acabó cesando, unas semanas antes del nacimiento de Marcel, y dio paso a un silencio que cayó sobre los campos invadidos por las zarzas y las malas hierbas, sobre los muros de piedra derribados, los apriscos desiertos y las tumbas. Cuando lo extirparon del vientre de su madre, Marcel permaneció inmóvil y silencioso durante unos segundos que parecieron muy largos y luego soltó un grito breve y débil y había que acercarse a sus labios para sentir el calor de una respiración minúscula que no dejaba en los espejos rastro alguno de condensación. Sus padres lo hicieron bautizar de inmediato. Se sentaron junto a su cuna mirándolo con nostalgia, como si ya lo hubieran perdido, y así lo contemplaron a lo largo de toda su infancia. A cada fiebre benigna, a cada náusea, a cada ataque de tos, lo velaban como a un moribundo y acogían cada curación como si se tratara de un milagro que no cabía esperar que se repitiera, pues nada se agota tan deprisa como la improbable misericordia de Dios. Sin embargo, Marcel no dejaba de curarse y vivía, con mayor obstinación aún dada su fragilidad, como si

en la seca oscuridad del vientre de su madre hubiera aprendido a consagrar con eficacia sus escasos recursos a la agotadora tarea de sobrevivir hasta volverse invulnerable. Siempre rondaba alrededor de él un demonio cuya victoria temían sus padres, mas Marcel sabía que no vencería, ya podía arrojarlo sin fuerzas al fondo de su cama, fatigarlo con migrañas y diarreas, que ni por esas iba a vencerlo, podía incluso instalarse dentro de él para alumbrar los fuegos de las úlceras y hacerle escupir sangre con tal violencia que Marcel no fue al colegio durante un curso entero, pero no iba a vencerlo, Marcel siempre lograría ponerse de nuevo en pie, aunque en todo momento sintiera en su estómago la presencia de una mano al acecho dispuesta a rasgarle las delicadas paredes con la punta de sus dedos cortantes, pues esa debía de ser la vida que le había sido dada, constantemente amenazada y constantemente triunfante. Ahorraba sus fuerzas, sus afectos y su admiración, su corazón no se aceleraba cuando Jeanne-Marie iba a buscarlo gritando, Marcel, ven deprisa, hay un hombre que vuela frente a la fuente, y no parpadeaba al ver pasar al primer ciclista que se vio en el pueblo, que descendía por la carretera a toda velocidad, con los faldones de su chaqueta flotando tras él como alas de zancuda, y veía sin emoción a su padre levantarse al alba para ir a trabajar unas tierras que no le pertenecían y ocuparse de unos animales que no eran suyos mientras por doquier se alzaban monumentos a los muertos en los que mujeres de bronce que se parecían a su madre tendían al frente con un gesto augusto y decidido el hijo que consentían sacrificar por la patria, junto a soldados que caían con la boca abierta ondeando banderas, como si tras pagar el precio de la carne y de la sangre fuera necesario aún ofrecer a un mundo desaparecido el tributo de

símbolos que reclamaba para desaparecer definitivamente y dar paso por fin a un nuevo mundo. Pero nada sucedía, un mundo había desaparecido para siempre sin que un nuevo mundo lo reemplazara, los hombres abandonados, privados de mundo, proseguían la comedia de la generación y la muerte, las hermanas mayores de Marcel se casaban una tras otra, y comían buñuelos resecos bajo un implacable sol muerto, bebiendo vino peleón y obligándose a sonreír como si algo finalmente fuera a acontecer, como si las mujeres debieran acabar por engendrar, con sus hijos, el nuevo mundo, pero nada sucedía, el tiempo no aportaba más que la monótona sucesión de estaciones que se parecían unas a otras y solo prometían la maldición de su permanencia, el cielo, las montañas y el mar se detenían en el abismo de la mirada de los animales que arrastraban sin fin sus delgadas carcasas a orillas de los ríos, entre el polvo o por el barro, y dentro de las casas, a la luz de las velas, todos los espejos reflejaban rostros parecidos, los mismos abismos excavados en rostros cerúleos. Al caer la noche, acurrucado en su cama, Marcel sentía su corazón en un puño por una angustia mortal, puesto que sabía que aquella noche profunda y silenciosa no era la prolongación natural y provisional del día sino algo aterrador, un estado fundamental en el que la tierra se sumía tras un agotador esfuerzo de doce horas, y del que ya jamás podría escapar. El alba solo anunciaba un nuevo aplazamiento, y Marcel iba al colegio y a veces se detenía por el camino para escupir sangre prometiéndose a sí mismo que no le diría nada a su madre puesto que lo obligaría a acostarse y rezaría arrodillada a su lado y le aplicaría cataplasmas hirviendo sobre el vientre, no quería volver a permitir que su demonio lo privara de las únicas cosas que le procuraban alegría, las

lecciones del maestro, los mapas de geografía coloreados y la majestad de la historia, los inventores y sabios, los niños salvados de la rabia, los delfines y los reyes, todo cuanto le permitía creer aún que, al otro lado del mar, había un mundo, un mundo que palpitaba de vida y donde los hombres aún sabían hacer otras cosas más que prolongar su existencia en el sufrimiento y el desasosiego, un mundo capaz de inspirar otros deseos aparte del de dejarlo lo antes posible, puesto que al otro lado del mar, estaba seguro de ello, desde hacía años se celebraba el advenimiento de un nuevo mundo, aquel al que Jean-Baptiste fue a sumarse en 1926, mintiendo acerca de su edad para poder enrolarse, cruzar el mar y descubrir por fin, en compañía de muchachos que huían a cientos junto a él sin que los padres resignados hallaran, a pesar del desgarro del adiós, razón alguna para retenerlos, cómo era aquel mundo. A la mesa, al lado de Jeanne-Marie, Marcel comía con los ojos cerrados para reunirse con Jean-Baptiste en océanos fabulosos, por los que surcaban los juncos de los piratas, en ciudades paganas llenas de cánticos, humo y gritos, y en bosques perfumados poblados por animales salvajes y temibles indígenas que miraban a su hermano con miedo y respeto como si fuera el Arcángel invencible, el destructor de las plagas, de nuevo consagrado a la salvación de los hombres, y en catequesis escuchaba sin decir nada las mentiras del evangelista, pues sabía lo que era un apocalipsis y que en el fin del mundo el cielo no se abría, que no había jinetes ni trompetas ni existía el número de la bestia, ni monstruo alguno, sino únicamente el silencio, de tal manera que hasta podía llegar a pensarse que no había ocurrido nada. No, no había sucedido nada, los años transcurrían en un santiamén y seguía sin suceder nada y esa nada extendía so-

bre todas las cosas el poderío de su ciego reinado, un reinado mortal y sin salida del que nadie era ya capaz de decir cuándo comenzó. Pues el mundo ya había desaparecido cuando fue tomada esa foto, en el verano de 1918, de forma que algo quedara para dar testimonio de los orígenes, y también del fin, desapareció sin que nadie se diera cuenta y es sobre todo su ausencia, la más temible y enigmática de las ausencias fijadas aquel día sobre el papel por las sales de plata, lo que Marcel ha contemplado a lo largo de toda su vida, siguiendo el rastro en la blancura lechosa del viñeteado, en los rostros de su madre, de su hermano y de sus hermanas, en el mohín enfurruñado de Jeanne-Marie, en la insignificancia de sus pobres existencias humanas mientras el suelo desaparecía bajo sus pies y solo les permitía flotar cual espectros en un espacio abstracto e infinito, sin salida ni direcciones, del que ni siquiera el amor que los unía podría salvarlos dado que en ausencia del mundo incluso el amor es impotente. Ignoramos, en verdad, qué son los mundos y de qué depende la existencia de los mismos. En algún lugar del universo tal vez esté escrita la misteriosa ley que preside su génesis, su crecimiento y su fin. Pero sabemos esto: para que surja un nuevo mundo primero debe morir un mundo antiguo. Y sabemos, del mismo modo, que el intervalo que los separa puede ser infinitamente corto o, al contrario, tan largo que los hombres deben aprender durante décadas a vivir en la desolación hasta descubrir infaliblemente que son incapaces de ello y que, a fin de cuentas, no han vivido. Tal vez podamos incluso reconocer los signos casi imperceptibles que anuncian que un mundo acaba de desaparecer, no el silbido de los obuses sobre las llanuras destripadas del Norte, sino el disparo de un obturador que apenas perturba la luz

vibrante del verano, la mano delgada y estropeada de una joven que, en plena noche, cierra suavemente la puerta a aquello que su vida no debería haber sido, o la vela cuadrada de un navío surcando las aguas azules del Mediterráneo, en el golfo de Hipona, llevando desde Roma la inconcebible nueva de que aún existen hombres pero ya no su mundo.